

“Putas” y “maricones”: Estereotipos y condicionantes en el cortejo juvenil

Ruggero, Agustina- Universidad Nacional de Mar del Plata

agostinaruggero@hotmail.com

Eje 3: Cultura y política. Producciones y prácticas culturales y artísticas transformadoras

Palabras claves: cortejo – estereotipos- género

En este trabajo analizo los estereotipos de género que condicionan los primeros contactos entre los jóvenes. Este capítulo forma parte de mi tesis de grado titulada “Amor, moral sexual y nuevas tecnologías”. El abordaje metodológico fue cualitativo, prevaleciendo la técnica de entrevista en profundidad. El análisis de datos lo realice a través del análisis del discurso (tanto tácito como implícito).

A modo de hipótesis, considero que las diferencias de género establecen desigualdades en el cortejo, que pueden observarse en los “papeles” esperados para ellos y ellas. Estos papeles condicionan no sólo el inicio sino también la continuidad de la relación entre los jóvenes.

La investigación posee dos apartados. En el primero, observo cuáles son los estereotipos femeninos y masculinos que operan en el cortejo. En este sentido, señalo que las figuras del “maricón” y la “puta” aparecen como los horizontes reguladores de las prácticas de los jóvenes. En un segundo apartado, observo cuáles son los atributos que se valoran en otro joven a la hora de elegir una pareja.

❖ Ellas esperan, ellos encaran...

La juventud implica un proceso no aleatorio de subjetivación, pautado sobre dos aspectos: papeles esperados de género -que incluyen deberes y trasgresiones autorizadas- y papeles de clase -que también incluyen normas y restricciones. Ambos papeles son indisociables e implican un proceso de influencia recíproca (Mario Pecheny, 2013). En ese sentido, el género y la clase social se articulan en las experiencias del amor y la sexualidad.

Los jóvenes exponen de manera clara cuáles son las normas que deben seguirse en un primer encuentro. Los varones son los responsables de generar el primer contacto, mientras que ellas sólo pueden manifestar su interés a través de distintas señales indirectas. Las miradas, el coqueteo y el baile sensual están permitidos dentro de la seducción femenina, pero el último paso deben darlo ellos. Las mujeres pueden tomar la iniciativa, pero si lo hacen, son consideradas “zorras/ putas”, incluso por otras mujeres.

“Los flacos son los más encaradores...Después están las minas más zorritas (risas) pero bueno...” (Valentino, 18 años).

“Las chicas suelen hacer muchos más escándalos... los hombres son de encarar ahí... los chicos no hacen las boludeces que hacen las chicas... van derecho ahí (risas)...” (Violeta, 16 años).

“No está bien visto encarar, no es normal...” (Lucía, 15 años).

Los entrevistados estructuran sus discursos sobre la sexualidad en términos morales. Como se desprende del último fragmento citado, lo “normal” -es decir un conjunto de prácticas, estereotipos y orientaciones aceptadas socialmente- es definido a partir de la moral sexual hegemónica. En este sentido, la condena de lo “anormal” -una mujer que tome la iniciativa- funciona como horizonte regulador de las prácticas (Foucault, 2001, Rubin, 1986). Como señala Daniel Jones (2010), dichos horizontes ordenan, clasifican y diferencian prácticas y subjetividades, aludiendo a la trasgresión de la norma y a partir de la definición de una “reputación”.

A pesar de las transformaciones a lo largo del tiempo, en los discursos de los entrevistados se encuentran algunas similitudes con los estereotipos y condicionamientos observados en nuestro país en décadas previas (Cosse, 2010). Si bien en la actualidad se habla más abiertamente de la sexualidad y se observan algunas prácticas novedosas, las reglas siguen siendo más estrictas y se observan con mayor fuerza para las mujeres jóvenes.

“Cuando empecé a ir a boliches mamá me decía: “cuidá la imagen, hija, nunca estés con muchos chicos porque después te hacés la fama” (risas)... y tenía razón después todos hablan de vos...” (Lucía, 16 años).

Distintas jóvenes entrevistadas sostuvieron haber tomado el imperativo de la fidelidad de las directivas de sus padres. Estas directivas no sólo condicionan su accionar sino que también actúan como dispositivos de control. Sin embargo, no incorporan de forma directa las nociones del discurso de la generación anterior. Su apropiación por los jóvenes supone también una transformación. Por una parte, cambia el lenguaje; por otra, cambian los temas de conversación: esta misma entrevistada, más adelante, habla de sus relaciones sexuales, temática tabú para la generación de sus padres.

Las asimetrías de género son comunes tanto entre los sectores medios como en los sectores populares. Como han observado Pablo Semán y Pablo Vila (2011), a pesar de que en los sectores populares las normas parecen ser más flexibles para las jóvenes, su conducta es también evaluada en términos desiguales. En el marco de la bailanta, las mujeres pueden vestir poca ropa, bailar sensualmente y tomar la iniciativa, pero son doblemente juzgadas por “pobres” y “putas”.

Por otro lado, la moral sexual hegemónica no es vista del mismo modo por jóvenes de distintos sectores sociales. Como han observado Martín y Silba, (2011), en sectores populares del conurbano bonaerense, los jóvenes tienen una mirada ambivalente respecto de dichas normas. Mientras que los varones las aceptan y refuerzan, las mujeres las cuestionan -sintiéndose halagadas por las letras de cumbia que hacen referencia a su cuerpo y a la vez ofendidas cuando son calificadas como “putas”-. En cambio, los entrevistados, tanto varones como mujeres, toman esta moral sexual de forma acrítica y la reproducen en sus prácticas.

Tomando a Robert Connell (1995), puede decirse que no sólo existen feminidades hegemónicas, sino también “masculinidades hegemónicas”.¹ Entre los jóvenes entrevistados, esto implica que un varón debe ser el que toma la iniciativa en un encuentro amoroso (que deber ser heterosexual), y debe mostrarse viril y fuerte. En ese sentido, el estereotipo de varón implica tomar la iniciativa: debe ser él quien inicie las conversaciones por las redes sociales y dentro del boliche, y un elemento central es que tenga numerosas conquistas sexuales. A su vez, debe saber “seleccionar” a sus compañeras sexuales, que deben ser “chicas bien”, flacas y consideradas “lindas” por sus amigos.

El “poder masculino”, cerrado coercitivo y unificado, reproduce la hegemonía masculina heterosexual y viril (Demetriou, 2001). Este estereotipo de masculinidad presiona y les inspira temor a los jóvenes entrevistados.

“Tenés que encarar, si no... como que quedás como un puto (risas)” (Lorenzo, 16 años).

“Nosotros también tenemos miedo de ser rechazados... todo cae en nosotros (risas)” (Tomás, 17 años).

Las masculinidades no tienen un carácter fijo, sino que se construyen de forma relacional. En este sentido, entre los entrevistados, el modelo de masculinidad a seguir toma forma frente a los estereotipos de feminidad, y en particular, respecto de la “liberalización” de la sexualidad femenina. Las miradas sobre estos estereotipos de género varían en distintos sectores sociales. Como han observado Pablo Vila y Pablo Semán (2011), en los sectores populares el estereotipo de hombre define un rol activo, polígamo y fuerte para ellos. Los varones de estos sectores se oponen al rol activo en las mujeres, y por ende, a la liberalización de la sexualidad femenina.

En cambio, si bien los varones entrevistados en la presente investigación aceptan su rol activo, manifiestan que puede resultarles pesado, y a diferencia de los jóvenes de sectores populares, sostienen que quisieran que ellas tomaran la iniciativa. Sin embargo, su actitud hacia la liberalización de la moral sexual es ambivalente. Aun cuando desearían que ellas tuvieran un papel más activo, cuestionan a aquellas jóvenes que efectivamente lo adoptan.

Por otro lado, dicha liberalización no implica un abandono de la dualidad de la moral sexual para varones y mujeres: mientras el número de parejas ocasionales para ellos resulta proporcional al prestigio que obtienen entre sus pares, para ellas, esta relación es inversa. Las jerarquías sexuales definen las conquistas de los varones como expresiones de masculinidad (a mayor número de conquistas, mayor virilidad), mientras que divide al universo femenino entre “virgas” y “putas” (Gutmann, 2000). Los varones entrevistados, por ejemplo, clasifican a las mujeres a partir del número de relaciones ocasionales que tuvieron.

“O sea hay minas que se te tiran pero nunca las vas a tomar en serio... si ya empiezan así... ni hablar las que están con varios en una noche... son medias... ehh... cómo decirlo... trolas (risas)” (Tomás, 16 años).

“Hay chicas que se ponen en pedo y encaran, pero esas no cuentan como chicas... son chicas pero no sirven... No sirven” (Lorenzo, 17 años).

¹ Pierre Bourdieu en “Dominación Masculina” analizó los mecanismos de reproducción de la dominación masculina en la sociedad tradicional de la Cabilia.

En esta última cita se puede observar que se define a las mujeres a partir de una actitud pasiva. En ese sentido una mujer que toma la iniciativa “no sirve” ya que no otorga prestigio entre los pares. Así, las jóvenes aparecen como objetos que poseen distinto valor de acuerdo al grado de acatamiento de las normas. Los varones no son los únicos en reproducir estos estereotipos. En general, las entrevistadas no consideran aceptable que sus pares inicien el encuentro amoroso. También ellas tienen una mirada ambivalente respecto de la “liberalización” sexual de las mujeres.

“Encaran más los chicos, por suerte, por ahora (risas)... Igual cada vez es peor...” (Violeta, 16 años).

“Depende en qué sentido encarás. Si te gusta un amigo y le decís, bueno. Ahora, si estás en un boliche y te le tirás encima, no me parece... Sobre todo si sos mujer...” (Jorgelina, 16 años).

“Yo salgo y no estoy con chicos por estar. Si estoy es porque pasa algo...si no, sos cualquiera” (Mariana, 17 años).

Los estereotipos femeninos también permiten diferenciar entre las “mujeres de una noche” y aquellas que “son para siempre”.

“Es así hay dos tipos de chicas: las que te gustan y las que te pueden gustar. Las que están buenas son las que son para una noche... y las que te gustan son para siempre, bah, por un tiempo, digamos las “no gatos”... las más rapiditas son para una noche... y después la chica que te gusta en serio es la que tenés que hablarle toda la semana, remarla para poder agarrártela.” (Lorenzo, 16 años).

“Hay chicas que son para una noche. Es así. O sea, medio que las usás... y después algunas que te enganchás y que por ahí terminas en algo” (Tomás, 16 años).

Entre las jóvenes entrevistadas, los estereotipos de género también juegan un papel clave en la clasificación de las parejas potenciales. Ellas distinguen a los chicos “serios” de los “piratas”, basando esta clasificación principalmente en la fidelidad. Los varones serios son aquellos que han tenido algunas relaciones amorosas y han sido fieles. Por el contrario los “piratas”, también llamados por las entrevistadas “básicos”, son aquellos que poseen parejas ocasionales y no establecen relaciones formales.

”Hay chicos básicos para mí y otros que son diferentes... Los básicos te encaran y los diferentes, cuando sentís de verdad, es más difícil...” (Jorgelina, 16 años).

Ahora bien, cuando ellas son tomadas como “chicas de una noche”, asumen ese rol sin cuestionárselo. Sin embargo, ningún entrevistado –varón o mujer- manifestó que los hombres pudieran ser “chicos de una noche”. Si ellas son quienes eligen antes del primer encuentro, ellos son los que deciden si continuar o no con la relación. De acuerdo a los estereotipos de género dominantes, ellas siempre deben querer continuar y formalizar la relación.

Por otro lado, a diferencia de lo que ocurre entre las jóvenes -que juzgan a sus pares con los mismos criterios con los que las evalúan los varones-, la condición de “pirata” que es valorada negativamente por las mujeres, aumenta el prestigio de un joven entre otros varones.

“Y si una chica que esta con tres en una noche es una puta un chico que esta con tres es un crack y más si están buenas... es la ley.” (Lorenzo, 16 años)

En este apartado se observa cómo los estereotipos de mujer y varón definen un rol activo para ellos y un rol pasivo para ellas, reforzando así las asimetrías de género, marcando los papeles esperados para unos y otras. En la siguiente sección se señalará cómo estos estereotipos operan en la definición de los atributos de las parejas potenciales. ¿Cómo se eligen las posibles parejas, ocasionales o no? ¿Cuáles son las cualidades que se priorizan en otros jóvenes? ¿Qué elementos se tienen en cuenta a la hora de comenzar a interactuar?

❖ ¿Qué ves cuando me ves?

Como han mostrado otras investigaciones (Jones, 2010), el aspecto físico es uno de los criterios principales en las elecciones de pareja entre los jóvenes. Sin embargo, otras cualidades también resultan centrales, en especial, cuando se trata de entablar una relación.

“Te tiene que gustar físicamente primero, y después la empezás a conocer, no digo amor a primera vista, pero me tiene que parecer linda de una...” (Valentino, 17 años).

“O sea, obvio que lo primero que te atrae es el físico, pero por adentro puede ser un sorete y decís “bueno chau”. O sea, importa el carácter del otro” (Lucía, 15 años).

“Hay minas que están buenas pero si son muy huecas ya fue, no les das más bola” (Tomás, 16 años).

En las redes sociales esta dinámica se ve reflejada a través de los “Me gusta” que se indican sobre fotos, publicaciones y/o comentarios de las personas por quienes sienten atracción. En este aspecto, no se encuentran diferencias: tanto varones como mujeres eligen a quién aceptar en Facebook y a quién acercarse por su aspecto físico. Una vez que los conocen, deciden si continuar o no el cortejo.

“Acepto chicos que no conozco y les pregunto ¿te conozco?, y ahí empezar a chamuyar, más que nada si te agrega y es lindo (risas)” (Juana, 16 años).

Ahora bien, el aspecto físico está atravesado por la clase social a través de elementos como la vestimenta, los gestos, el corte de pelo, la silueta, etc. En su mayoría, los entrevistados forman parte de sectores medios: asisten a colegios privados, sus padres son empleados o comerciantes, habitan una vivienda que es propiedad de sus padres, ubicada en barrios residenciales. En términos bourdieanos comparten un *habitus* propio de su clase que incluye valores, representaciones comunes, y buscan distinguirse de jóvenes de otras clases sociales (Bourdieu, 1968).

En el momento del cortejo, estas distinciones se observan en la selección de una pareja (ocasional o no). En el siguiente fragmento, se pone de manifiesto cómo el aspecto físico y la clase social de las parejas potenciales juegan un papel relevante en la construcción de jerarquías entre pares.

“Cuidás la imagen además porque tienen que ser chicas de nivel o sea tienen que estar buenas... Si de doce te comiste once gordas quedas como un boludo no como un crack... Lo mismo si es grasa o no es de tu círculo (Lorenzo, 16 años).

“Y... no es lo mismo agarrarte una del San Alberto que de la n°10 no sé (risas) es como que quedás peor con tus amigos “(Tomas, 17 años).

Distintos entrevistados manifestaron la importancia de acercarse a una chica “bien”, que no sea “grasa”. Con estos términos, los entrevistados se refieren a quienes no asisten a colegios privados, no frecuentan boliches o matineés, tienen otros gustos de vestimenta y música. Existen diversas formas de clasificar los estratos sociales, ya sea por el salario, consumo, barrio de pertenencia, formación académica, entre otras. Los entrevistados clasifican a los otros jóvenes de acuerdo al consumo -de vestimenta, música, lugares de sociabilidad que frecuentan, etc.-. En dicha clasificación, el lenguaje ocupa un sitio central, en tanto algunas muletillas sirven para diferenciarse de jóvenes de otros sectores sociales, y relacionarse con quienes son identificados como de la misma clase.²

En esta línea, se ha señalado que la raza, el grupo étnico, la religión, la educación y clase social tienen un fuerte peso en la conformación de parejas aún en la actualidad, en un proceso de “homogamia social” (Segalen, 2013). En nuestro país, estudios recientes observan que la elección de una pareja no es aleatoria y que la clase social de pertenencia es un aspecto relevante, en especial entre las parejas más jóvenes y entre los sectores más acomodados (Rodríguez, 2011; Jorrat, 1999). En su mayoría los entrevistados han manifestado que de no podrían sostener una relación con una persona de otro sector social.

Ahora bien, ¿en qué situaciones esta diferencia es más notoria? Tomando a Erving Goffman (2006), podemos sostener que las identidades son dinámicas: los sujetos actúan conforme al contexto acentuando aquellos atributos que consideran adecuados en cada caso. En este sentido, en algunos espacios, como los bailes, los jóvenes exponen lo “mejor” de sí, a partir de códigos que los identifican como de clase media. Cómo se visten, peinan y maquillan, son algunos de los modos de construir una “fachada” que los diferencie de otros jóvenes (los “grasas”). Dichos elementos se adaptan a distintos espacios de sociabilidad, que también están diferenciados por clase y condicionan el cortejo.

Los estereotipos de género ocupan un lugar relevante en el cortejo entre jóvenes. Dichos estereotipos imponen un papel activo para ellos y uno pasivo para ellas. Aquellas mujeres que buscan romper con estos esquemas son ubicadas en los sitios más bajos de las jerarquías sexuales dentro del sistema sexo-género (Rubín, 1986). Si las mujeres son clasificadas entre

² Si bien hay algunos productos culturales que atraviesan distintos sectores sociales, su consumo es diferenciado. Los entrevistados, por ejemplo, escuchan cumbia, un género musical surgido de contextos populares. Ahora bien, aunque personas socialmente desiguales y culturalmente diferentes pueden compartir algunos consumos culturales, el sentido que asignan a esos productos es diferente (Silba y Martín, 2011). A pesar de consumir cumbia, lo hacen sólo en ciertos contextos: los entrevistados prefieren otra música, música “seria”.

“serias” y “putas”, el estereotipo masculino del varón activo también condiciona las prácticas de los jóvenes.

Existen diferentes posicionamientos frente a estos estereotipos. Mientras en los sectores populares, las mujeres miran críticamente la moral sexual hegemónica, los varones se ven amenazados por una posible “liberalización” femenina. En cambio, en los sectores medios, ellas asumen estas reglas de forma acrítica, mientras que ellos desearían tener menos responsabilidad en la primera etapa del cortejo.

Respecto a la elección parece que los aspectos físicos siguen siendo esenciales en un primer encuentro pero no suficientes para entablar una relación. Ahora bien, el aspecto físico se define, entre otras cosas, en relación a una identidad de clase. Por otro lado, como continuo trabajando en otros capítulos de la tesis, el lugar en que se desarrolla el cortejo también incide en la conformación de una fuerte homogamia social.

Bibliografía:

- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinción*. Madrid, Taurus.
- Connell, Robert (1995). *La organización de la masculinidad*. Chile, FLACSO.
- Cosse, Isabella (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Demetriou, Dan (2001). *Connell's concept of hegemonic masculinity: A critique*. Londres.
- Foucault, Michael (2001). *Los Anormales*, Buenos Aires, Ed Fondo de Cultura Económica.
- Gutmann, Mathew (2000). *Ser hombre en la ciudad de México, ni macho ni mandilón*, México, El colegio de México.
- Jones, Daniel (2010). *Sexualidades Adolescentes*. Argentina, CLACSO.
- Jorrat, Jorge (1999). Niveles de educación y diferenciales sociales en logros educacionales con consideraciones sobre homogamia educacional en la selección de pareja. *Sociedad*, N.16.
- Pecheny, Mario (2013). Las políticas públicas y sexualidades. En *Revista de Ciencias Sociales*, N.83.
- Rodríguez, Santiago (2011). Pautas de homogamia socio-ocupacional (de clase) en Argentina: 2007-2008, en *Trabajo y Sociedad*, Santiago del Estero, N.18.

- Rubin, Gayle (1986). *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo*. México, Nueva Antropología.
- Segalen, Martine (2013). *Sociología de la familia*. Mar del Plata, Eudem.
- Semán, Pablo y Vila, Pablo (2011). *Cumbia, Nación y género en Latinoamérica*, Buenos Aires, Editorial Gorla.
- Silba, Malvina (2010). *La cumbia en Argentina. Origen social, públicos populares y difusión masiva en Cumbia. Raza, nación, etnia y género en Latinoamérica*, Buenos Aires, Gorla, p. 247 – 296.